

ENTREVISTA

MEMÓRIA DA PROFISSÃO DOCENTE: PASSEIO PELO CAMPO LITERÁRIO, POLÍTICO E ESTÉTICO

Un placer poder entrevistarlo, Prof. Gabriel Jaime Murillo-Arango. Nos gustaría primeramente agradecerle la oportunidad. Estamos convencidas de que será una linda conversa.

Aurea da Silva Pereira:

En su rol docente/investigador, ¿cuáles son sus publicaciones en la perspectiva de los estudios (auto) biográficos? ¿Cómo usted percibe los impactos y contribuciones para la construcción de un pensamiento intelectual sobre sí y sobre el otro en la condición humana en posmodernidad? ¿Cómo ha sido su diálogo con sus pares y con el mundo?

Gabriel Murillo:

Desde el comienzo de mi actividad profesional docente hace ya cuatro décadas, he estado vinculado con variados programas de formación inicial y continua, al mismo tiempo del adelanto de proyectos de escritura colaborativa relacionados con las narrativas de maestros en Colombia, una actividad todavía en curso en el momento en que esto escribo, siendo uno de sus propósitos centrales la recuperación de la memoria del oficio de enseñar, a partir de la cual construir un saber de experiencia pedagógica. Más particularmente, el acumulado de producción escrita se nutre de las inagotables sesiones dedicadas a la escucha de los relatos de estudiantes y maestros en encuentros presenciales o reproducidos en papel o audio o video a lo largo de estos años, que tuvieron un momento inaugural durante los seminarios mensuales con maestros y maestras participantes del proceso de reestructuración de las Escuelas Normales Superiores del país, en el puente del cambio de siglo. Luego vinieron los talleres de escritura de relatos con los maestros rurales en la región de Antioquia, dando como resultado la publicación de dos volúmenes de relatos: *Maestros para la vida* (2007) y *Maestros contadores de historias* (2008). Poco tiempo después aparecieron sendas publicaciones que contienen la sistematización de experiencias en las

redes de maestros investigadores en Medellín e Itaguá. De forma sincrónica, el trabajo de escritura alternaba con la reflexión teórica alentada desde el trabajo de aula en los cursos Sociología de Educación y Etnografía Escolar, seguido de Narrativas de Experiencia Escolar (hoy transformado en Investigación biográfica narrativa en educación), tanto en la Facultad de Educación como en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, más algunas Escuelas Normales, además de la expansión de su horizonte aplicado al campo de prácticas desarrolladas en diferentes niveles del sistema escolar público mediante la dirección de tesis y monografías de grado y posgrado.

En el transcurso del último decenio, el punto de convergencia de la investigación empírica, el trabajo de formación y la reflexión teórica ha dado sus frutos en la multiplicación de intercambios tales como simposios, congresos, conferencias y pasantías académicas, el incremento de publicaciones del orden nacional e internacional y, lo que es aún más importante, la consolidación de líneas de investigación novedosas dentro del campo mismo de la investigación biográfica narrativa como es el caso de la pedagogía de la memoria. Ciertamente no pasó mucho tiempo antes de hallar coincidencias de nuestros trabajos con los derivados del movimiento socioeducativo desarrollado en países del Sur, tales como Argentina, Brasil y Chile, sin dejar de reconocer críticamente las ricas influencias provenientes de Norteamérica y Europa. Pues no son pocas las semejanzas relacionadas tanto en cuanto a las demandas de acción como a los contextos de desigualdad y carencias extremas, en estos países sometidos durante más o menos periodos de larga duración a regímenes políticos autoritarios o de democracia restringida en el marco de la economía global, todos estos factores que imprimen su huella en las vidas precarias de profesores. En este orden de ideas, Maria Conceição Passeggi utiliza el símil de la rosa de los vientos que traza la ruta de navegación de las narrativas autobiográficas en el Sur, para identificar un eje horizontal que corresponde a los dispositivos de formación y un eje vertical que inscribe las narrativas como método de investigación. Sobre este eje, afirma Passeggi, “situamos al Norte los métodos de investigación, sus reglas y su racionalidad científica, y al Sur, las narrativas como fenómeno antropológico que habla respecto a nuestras tradiciones,

nuestros modos de narrar y de contar historias”. Asimismo, subraya el valor de la reflexividad autobiográfica a través de un trabajo con el lenguaje enfocado en la interpretación de toda experiencia humana, que es inherente a la afirmación de la subjetividad en el mundo mediante las múltiples funciones como actor, autor y agente.

Entre otros objetos de estudio y prácticas comunes, hay que destacar en esta orilla cómo hoy contribuimos con aportaciones propias a la reapertura de un debate interoceánico acerca de la cultura y la pedagogía de la memoria. Así fue revelado en el desarrollo de las sesiones de trabajo del Coloquio internacional de París 2019, *La recherche biographique em situations et en dialogues. Enjeux et perspectives*, en donde fue dado a conocer el importante libro *Vocabulaire des histoires de vie et de la recherche biographique*, un compendio de 150 entradas redactadas por cerca de un centenar de colaboradores de todas las latitudes, y de donde derivó la conformación del GIS Sorbonne-Paris Nord (Groupement d’intérêt scientifique Le sujet dans la cité) suscrito originalmente por representantes de grupos de investigación: Universidad de Lille, Francia, Laboratoire Proféor-CIREL; Universidad Paris-Est Créteil (UPEC), Francia, Laboratoire LIRTES; Universidad Libre de Berlín, Alemania, Instituto de Antropología histórica; Universidad de Estado de Bahía, Brasil, Programa de Pós-Graduação em Educação et Contemporaneidade; Universidad Federal de Rio Grande do Norte, Brasil, Programa de Pós-Graduação em Educação; Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina, Grupo de investigación Discursos, sujetos y prácticas en la conformación del campo pedagógico; Universidad de Antioquia, Colombia. Grupo de investigación Formaph (Formación y Antropología Pedagógica e Histórica). Asimismo, una honda significación posee la iniciativa del Doctorado en Educación – Programa Específico en Investigación Narrativa, Biográfica y Autobiográfica en Educación, adscrito a la Facultad de Humanidades y Artes de Universidad Nacional de Rosario (Argentina), gracias al respaldo de la comunidad científica de numerosos países que ha podido consolidarse al término de una década de esfuerzos colectivos.

Danise Grangeiro:

En su libro *Conversación en las aulas- ensayos de investigación biográfica* narrativas en educación, usted hace mención a una cita de Ricoeur (2008) la cual dice que “ la memoria no es nada sin el contar, y el contar no es nada sin escuchar” . En esta cultura de cancelación, en la virtualidad, en la inmediatez, en los discursos políticos autoritarios, en la escasez de la escucha atenta, en esta sociedad que abre espacios para aplicativos de celulares que crean nuevas formas de escuchar al otro – llegando al punto de posibilitarnos acelerar lo que nos cuentan – , en este tiempo actual que usted llama de “ modernidad avanzada ¿habrá una menor inclinación o una indisposición para la conversación? ¿Nace una nueva forma de comunicación? ¿Estamos (des)aprendiendo a comunicarnos?

Gabriel Murillo:

Los estudios históricos acerca de la modernidad han permitido establecer como uno de sus rasgos dominantes la sobreaceleración del tiempo reflejado en la pulsión del movimiento y del cambio permanentes, en un grado tal que “las experiencias de los individuos de nuestros días se pueden considerar como la desvinculación, casi anulación, del biorritmo de la “biografía” personal por mediación de la dinámica propia de una civilización fuertemente condicionada y casi secuestrada por una constante y desmedida aceleración lineal” (citado en el libro póstumo de Lluís Duch, *Vida cotidiana y velocidad*). Aquí se entiende la noción de velocidad no reducida a su dimensión mecánica sino en tanto un factor condicionante del complejo mundo de las relaciones humanas: la palabra, el silencio, la memoria, el olvido, la rutina, los artefactos, la salud, la muerte; un mundo que, más que expuesto, es sujeto ya de la omnipresencia y el ritmo vertiginoso de los así llamados medios de comunicación. Dicho esto, es apenas redundante reconocer las disrupciones y seísmos visibles en los hábitos cotidianos y en nuestras relaciones con las cosas mismas y los seres de nuestro entorno, que nos hacen ver ya lejanos y extraños los encuentros con los próximos en espacios sustraídos al frenesí de los días. Como es el caso de las charlas de café o reuniones de familia o citas de la esquina, con su ritmo pausado, empático y

reflexivo, más deudor del ideal de conversación tan bellamente descrito por Gadamer:

La conversación posee una fuerza transformadora. Cuando una conversación se logra, nos queda algo, y algo queda en nosotros que nos transforma. Por eso la conversación ofrece una afinidad particular con la amistad. Solo en la conversación (y en la risa común, que es como un consenso desbordante sin palabras) pueden encontrarse los amigos y crear ese género de comunidad en la que cada cual es él mismo para el otro porque ambos encuentran al otro y se encuentran a sí mismos en el otro.

No obstante, asumir una perspectiva de análisis integral acerca de los efectos múltiples, a veces impredecibles e intangibles, que acarrea la irrupción de las tecnologías digitales en las sociedades actuales, puede no ser necesariamente catastrófica respecto del devenir del universo de las transmisiones culturales e interacciones sociales. De este modo una posición aconsejable consiste en no hundir la cabeza en la arena ante el advenimiento de cada vez más formas disruptivas que traen consigo nuevas mediaciones en el orden social. Podría ser esta una actitud prudente, por ejemplo, dada la pérdida creciente de ciertas formas y medios que han servido de soportes de narrativas orales, tal vez más ceñidos a ciertos rituales performativos, y hoy en día rebasados por nuevos dispositivos de comunicación digital dotados de recursos más horizontales, expeditos e inmediatos en los modos de relacionarse unos con otros, aunque no implican de forma absoluta la exclusión de la oralidad y la escritura en el intento por dar cuenta de las vivencias del presente histórico. Al fin y al cabo, es en el horizonte del devenir antropológico donde se sitúa la inexorable condición de la narración interminable en la experiencia biográfica, la cual nos permite ver la vida como un extenso cuento tejido con múltiples hilos, una trama que va anudándose de a poco en la rueda del tiempo. Yo, hijo de costurera y carpintero, no dejo pasar por alto que al usar las palabras tejido, hilo, trama, no hago más que suscribir una visión comprensiva de la inagotable capacidad humana de fabricar historias, como ha expuesto con elegancia clásica la escritora española Irene Vallejo:

En muchas lenguas, “texto”, “textura” y “textil” son palabras que comparten el mismo origen. La metáfora del tejido es constante en

la creación verbal: bordamos un discurso, hilvanamos ideas, hilamos palabras, urdimos planes, nos devanamos los sesos, desovillamos enredos, nuestros relatos tienen trama, nudo y desenlace. El nombre de los antiguos bardos de los poemas homéricos – rapsodas – significaba “zurcidores de cantos.

Mientras la vida continúa, cantamos y nos contamos historias a nosotros mismos y contamos las vidas de otros, que es también un modo de conjurar el miedo y la incertidumbre.

Jailma dos Santos Pedreira Moreira:

En la presentación del libro *La entrevista, una invención dialógica* de Leonor Arfuch, Beatriz Sarlo nos cuenta que al escuchar algo perdemos otros sonidos y resalta que nuestro aparato perceptivo es una máquina de no ver. Para usted Prof. Gabriel Murillo, ¿cuáles son los sonidos que se perdieron y/o se pierden en este momento pandémico? ¿Qué dejamos – como sujetos (auto)biográficos – de ver, de contar(nos), de preguntar(nos) y de escuchar(nos)? ¿Qué narrativas brotaron y brotan en los tiempos de Covid?

Gabriel Murillo:

Son tantos y tan diversos los factores determinantes de esta crisis mundial ocasionada por la epidemia del Covid-19 al cabo de dos años, que en realidad no es fácil comprimir en pocas líneas una síntesis aproximada que dé cuenta al menos de los elementos más preponderantes en la composición de una narrativa equilibrada del acontecimiento. Ya queda dicho, hablamos de un acontecimiento histórico que aún perdura, y no nos ofrece todavía la oportunidad de tomar una distancia prudente que nos permita ver con claridad meridiana los contornos del panorama y de elegir los puntos de vista adecuados. Por lo pronto, a partir de una selección de las disrupciones más incidentes que han afectado la rutina escolar, es viable bosquejar la emergencia de diversos tipos de narrativas: una narrativa relacionada con una ética y estética de la existencia, una narrativa política, una narrativa de la experiencia escolar sin escuela. Para el efecto, recurriré a las reflexiones dispersas en notas que sirvieron de base para algunas alocuciones en emisoras

locales, intervenciones a granel en paneles, simposios, webinarios, clases virtuales, ponencias u otros textos que en algunos casos alcanzaron a ser impresos en diferentes medios.

Llama mi atención cómo, apenas iniciada la cuarentena más larga de nuestras vidas, aun sin saberlo, emergieron diversas formas de narrativas testimoniales unidas en apariencia por motivos catárticos, expiatorios, que alzaban sus voces de denuncia del modo de vivir imperante que ha conducido irremediablemente a destapar la caja de Pandora de virus, catástrofes naturales y amenazas de todo tipo sobre la vida en el planeta, clamando por un cambio de rumbo urgente. Entre tanto, yo leía a la sordina los dos primeros libros llegados a mis manos de la escritora polaca Olga Tockarczuk, Premio Nobel de Literatura 2018: el primero de ellos, *Sobre los huesos de los muertos*, desarrolla la trama oscura de una serie de asesinatos que irrumpe en la vida taciturna de campesinos y leñadores, cuyas voces son apenas audibles en la profundidad de los bosques nórdicos. El segundo, *Los errantes*, es una narración tumultuosa de cuentos oníricos, historias incompletas, con tramas vagas enhebradas en torno a viajes interminables que arrastran sueños, pérdidas y derrotas en el vértigo de la aceleración del tiempo humano de una sociedad formada por individuos masa, así nos movemos, así viajamos en tiempos de “normalidad”. Por contraste, la vida campesina descrita en el primer libro transcurre en un *tempo piano*, y el mundo aparenta ser más estable, donde cada uno ejecuta los designios marcados según los arcanos de la naturaleza y la vida, un tiempo hollado con la propia huella. El ritmo lento propio de esta forma de vivir hace posible que el mundo pueda ser contemplado tanto en las cosas infinitamente pequeñas como en las cosas infinitamente grandes, según las enseñanzas del poeta William Blake, que cumple aquí un papel protagónico entre líneas, con su invocación a *Ver un mundo en un grano de arena*. ¡Cuánto nos pone a pensar esta estremecedora novela de soledad, serenidad y misterio que desnuda la fragilidad humana frente a la impiedad con el reino animal y la inmensidad cósmica!

Días más tarde, me regocijaba en la contemplación de un libro bellamente ilustrado por Joanna Concejo, con un texto brevísimo de Olga Tockarczuk titulado *El alma perdida*. Este narra la historia de Jan, un hombre que vive tan ajetreado y acelerado que no tardará en despertar una noche sin

recordar dónde está ni qué hace ni su propio nombre, y que ha perdido su alma. Abatido, al día siguiente consulta a una doctora sabia y anciana, quien profiere el siguiente diagnóstico:

Si alguien pudiera contemplarnos desde arriba, observaría que el mundo está lleno de personas apresuradas, sudorosas y exhaustas, y que sus almas también están perdidas, y siempre llegan tarde, incapaces de seguir el ritmo de sus dueños. Esto produce una gran confusión, las almas pierden la cabeza y las personas dejan de tener corazón. Las almas saben que han perdido a sus dueños, pero la gente en general no suele darse cuenta de que ha perdido su propia alma.

Ante la perplejidad de Jan, la sabia doctora sentencia con gravedad dialéctica idealista: “Esto ocurre porque la velocidad a la que se mueven las almas es muy inferior a la de los cuerpos. Es así porque las almas nacieron en tiempos remotos, después del Big Bang, cuando el universo aún no se había acelerado tanto y todavía podía mirarse en el espejo”.

Una narrativa política argumenta la extrema desigualdad planetaria que se ahonda en el transcurso de la presente crisis con las abismales diferencias entre las ganancias extraordinarias de las multinacionales y el crecimiento sin medida de la pobreza en amplias capas de la población mundial, así como del estruendoso fracaso en la creación de un mecanismo emergente de distribución equitativa de las vacunas que favoreciera los países más pobres, debido al control monopólico ejercido por las compañías farmacéuticas, coludidas con los poderes políticos de las grandes potencias que se reservan para sí la imposición de precios en el mercado mundial y el secuestro de las patentes de fabricación. Antes de ello, una narrativa política de la epidemia hace hincapié en las debilidades estructurales que ha mostrado en la coyuntura el modelo neoliberal implantado desde los años ochenta del siglo pasado, reflejadas con fuerza en la atención precaria e insuficiente de los sistemas de salud pública y de políticas de bienestar de la población adulta mayor, dejando al desnudo la imagen de países colosos capitalistas con pies de barro. Sin que dejara de presentarse el rostro trágico exhibido para la ocasión por líderes populistas de todas las estirpes con sus improvisadas poses libertarias al servicio de la mano invisible del mercado y la obstrucción del aumento del gasto público destinado al bienestar de la población.

Por una vía paralela, otra narrativa apunta a desenmascarar “la epidemia como política” (Giorgio Agamben), a partir de mostrar la extensión y profundización de una estrategia de bioseguridad traducida en un dispositivo de gobierno que resulta de la conjunción entre una suerte de religión de la salud y los poderes de un Estado autoritario y antidemocrático. Es cierto que como nunca antes nuestros países han visto la promulgación de toda clase de medidas de excepción aplicadas al control y vigilancia de las poblaciones solo como efecto de decisiones ejecutivas, ajenas a la verificación y deliberación de los órganos legislativos y judiciales, lo cual señala un inquietante retorno del autoritarismo en la política mundial.

Una narrativa acerca de la escuela por dentro en esta coyuntura, solo puede dar lugar irónicamente a una mirada acerca de la escuela desde afuera. Cerrados los establecimientos educativos en la gran mayoría de países del mundo, a mediados de 2020 los primeros informes con intenciones de ofrecer un balance global de la situación, ya alertaban acerca del peligro de un desequilibrio mayúsculo que no hacía más que ahondar las desigualdades visibles o veladas en materia de cobertura y calidad de educación y salud, proporcional a la extrema desigualdad reinante entre los pocos ricos y la inmensa mayoría de pobres. Bastaba con valorar el costo social del cierre de las escuelas en términos de un saldo que ni siquiera es medible por los meses de ausentismo escolar sino por el día a día, ya se trate de la cancelación de ayuda alimentaria, el ritmo desacompañado en el aprendizaje de los alumnos, el uso diferencial de los recursos tecnológicos u otro tipo de materiales didácticos en los hogares, el eventual acompañamiento o no de los padres, los sentimientos de desafección, desconfianza, abulia, y del sinnúmero de malestares físicos y psíquicos que han podido tener origen o exacerbarse durante estos encierros para los que nadie había sido preparado jamás. A lo cual se agrega el desconocimiento o la falta de preparación de los profesores en los entornos de la enseñanza digital, para no hablar del caso más dramático de las carencias y retrasos de la población estudiantil y de sus familias. Todavía hoy en nuestros países de América latina, pasados dos años de la crisis de la pandemia, carecemos de datos más confiables y precisos en relación con tasas de conectividad a internet comparadas entre las áreas urbanas y rurales, entre el sector público y el privado, por etnias, géneros y

grupos sociales diversos, amén de información prolija reveladora de la cantidad y calidad de los artefactos tecnológicos, de los materiales didácticos sustitutivos proporcionados a los alumnos, de los espacios domésticos en donde tiene lugar el supuesto seguimiento de las tareas y la distribución del tiempo escolar. Entre tanto, hace rato se ha instalado entre nosotros el espectro de la deserción y de las tentaciones anómicas y antisociales (en el sentido lato del término), acechando a la vuelta de la esquina en los barrios empobrecidos de las grandes ciudades y en los campos arruinados. A nivel global se estima por consenso una cifra alrededor del 20% de deserción estudiantil en todos los niveles y ciclos del sistema educativo, lo cual perfila inequívocamente una verdadera catástrofe humanitaria.

Aparte del impacto profundo de la crisis en la experiencia escolar, con sus potenciales efectos adversos en el rendimiento, la sociabilidad y el estado emocional de los estudiantes, igual se sienten sus consecuencias en el oficio de enseñar y los modos de interacción social dentro y fuera de las aulas. Los riesgos se manifiestan en múltiples aspectos de la vida cotidiana y social, como por ejemplo, en la norma del distanciamiento físico impuesto en el trato social, aun si fuimos advertidos en su hora de los matices que diferencian los sentidos implícitos en los términos “distanciamiento social” o “distanciamiento físico”. Como también en el uso de la mascarilla, una medida terapéutica preventiva para hacer frente al contagio, aunque no liberada de detractores que la han capturado como índice de manipulación política e ideológica, ya fuese símbolo de libertad o miedo, virilidad o flojedad, derecha o izquierda. Yendo más lejos, la obligatoriedad del porte de mascarillas con fines terapéuticos tiende a banalizar su uso ajeno a la connotación ancestral de inversión irónica, solapamiento de gestos e identidades, celebrado en tiempos de carnaval como sinónimo de risa y subversión de valores del mundo en que se vive. Pero otros significados interfieren cuando se vuelve un hábito impuesto en las interacciones cara a cara de todos los días, privados del avistamiento del movimiento de los labios, las expresiones faciales, la sonrisa o el gesto de repulsa. Igual cabe decir del lavado de manos, sin duda alguna una medida higiénica bien familiar en las rutinas escolares de todos los tiempos, pero cuya práctica excesiva sujeta a una férrea disciplina emanada

de una autoridad biomédica podría ser síntoma de conductas neuróticas, como sugiere una mirada psicoanalista.

Forman parte también del listado de riesgos, la irrupción generalizada, aunque desordenada, desigual e incierta, de los medios digitales de enseñanza, detrás de la cual pueden incubarse tendencias monopólicas, uniformitas y totalitaristas, soterradas bajo programas tales como el denominado “Escuela en casa”. Ni qué decir tiene comprobar que bajo el ala de este programa extendido puede solaparse la intentona de reemplazar un número apreciable de maestros, reducidos a la función de supervisores de la ejecución puntual de guías de instrucción programada, un paso más en la búsqueda de la “muerte del profesor” y la victoria precoz de la inteligencia artificial en las escuelas – un sueño aplazado en las distopías orwellianas de todos los matices. Todos estos riesgos, juntos o separados, contribuyen a multiplicar los retrocesos, por demás ya visibles de manera dramática en áreas tan sensibles como la inclusión y la diversidad, la atención a la primera infancia, la cobertura educativa en los sectores más vulnerables de la población, la inversión en infraestructura, la formación continuada de maestros, la educación en escenarios no escolares.

Ante semejante panorama sombrío, se impone la tarea de recabar las narrativas de estudiantes y profesores como protagonistas centrales que pretenden evitar que sus voces sean enajenadas por los dispositivos de control. Una de las frases más repetidas en boca de los maestros en ejercicio con quienes tuve contacto a lo largo de esta coyuntura, se refiere a que el tiempo de la vida escolar se ha vuelto loco. Ha sido una locura la premura con que se improvisó la elaboración de guías de aprendizaje, o de cuestionarios o listados de actividades, que presuntamente serían respondidos a duras penas por los alumnos, incluso con la intervención de otros miembros de la familia que estuvieran al tanto de los asuntos. Es loco el intento por localizar a los alumnos vía whatsapp, en la generalidad de los casos, puesto que son muy pocos quienes tienen acceso a otros dispositivos digitales. Es loco tocar puerta a puerta para que retornaran a la enseñanza a distancia o remota, después de las improvisadas estampidas desde que fuera declarado el confinamiento prolongado de las instituciones educativas. Es loco comprobar que de manera contradictoria las actividades escolares invadieron el espacio

íntimo de las familias. Queda así al descubierto una noción distinta del tiempo regularizado y sincronizado de los relojes, que es relevado por un tiempo de las vivencias, un tiempo fenomenológico marcado por los afanes subjetivos. Así cantaba Shakespeare (recordado por Hargreaves): “El Tiempo viaja a distintos ritmos en personas diferentes. Yo os diré para quién pasa cómodamente el Tiempo, para quién trota el Tiempo, para quién galopa el Tiempo y para quién permanece inmutable”. La vida escolar es trastocada ahora conforme a una distribución del tiempo que marca el paso de las labores domésticas, los oficios de la casa, el ajeteo de la cocina, la atención a los otros, las tareas escolares.

Es oportuno mencionar que, justo al ser declarada la epidemia mundial a comienzos de 2020, apenas había transcurrido un mes del desarrollo de una tutoría de cuatro trabajos de grado con una duración de cuatro semestres bajo el título *Narrativas testimoniales en tiempos de zozobra*, de hecho una prolongación de un proyecto iniciado dos años antes en la línea de investigación biográfica narrativa en educación. Entonces el problema a investigar era justificado con base en las demandas de una crisis que sobreviene con el miedo a lo desconocido y, por ende, con la urgente necesidad de adaptar y adaptarnos a otras prácticas del cuidado de sí y de la acogida de otros, como una oportunidad para abrir los ojos y hacer de la observación de los eventos ordinarios de la vida de todos los días un asunto extraordinario. Es así como nos convertimos en narradores espontáneos, de tal modo que el acto de contar historias se traduce en una práctica social de conjura de la realidad inmediata, de dominación de la contingencia, en una tentativa por hacer frente a lo desconocido, a la angustia y al temor mismo que suscita la existencia en tiempos turbulentos.

Nuestro propósito consistió en abordar el estudio de la narrativa testimonial, que configura uno de los capítulos más apasionantes de la literatura latinoamericana y colombiana desde el último tercio del siglo veinte, sin desconocer las semejanzas y diferencias que guarda en relación con la producción literaria, artística, musical y cinematográfica en Europa de posguerras. La hipótesis de trabajo asumía el testimonio en América latina en tanto surge, se desarrolla y pervive en estrecha relación con la honda desigualdad social e inestabilidad política permanente marcada por estados de

excepción, dictaduras y revoluciones, un nudo que legitima el proyecto de reconfiguración de la memoria colectiva, cuyo carácter híbrido transgrede los cánones establecidos e impone nuevas condiciones de recepción e interpretación, simultáneamente con la primacía de un sujeto de enunciación en primera persona singular o plural que va hilando su identidad al tiempo de asumir el acto de narrar a la vez como objeto de creación y como instrumento de catarsis colectiva o terapia psicológica. Así es como en las aulas de clase, redes sociales y en los variados “dispositivos pedagógicos” dondequiera tenga lugar la interacción social, se asiste a la imbricación de las narrativas testimoniales con los trayectos de formación, en ese *ir siendo* que caracteriza el curso de la existencia humana. Nadie escapa a esta transacción inevitable de los testimonios de otros, como tampoco nadie está librado del moldeamiento de la psiquis por acción de la memoria, como afirma Didi-Huberman:

Es la memoria la que el historiador convoca e interroga, no exactamente “el pasado” [...] la memoria es *psíquica* en su proceso, *anacrónica* en sus efectos de montaje, de reconstrucción, o de “decantación” del tiempo. No se puede aceptar la dimensión memorativa de la historia sin aceptar, al mismo tiempo, su anclaje en el inconsciente y su dimensión anacrónica.

Aurea da Silva Pereira:

En su libro *Conversación en las aulas-ensayos de investigación biográfica narrativas en educación*, usted nos cuenta “que siempre estamos dejando trazas de nuestra individualidad como huellas dactilares de nuestra presencia”, y que esas huellas son los verdaderos rastros de nuestro contacto con el mundo. Leonor Arfuch en una de sus entrevistas nos cuenta que la (auto) biografía tiene la pretensión de la eternidad. El registro de nuestras experiencias, aunque contadas en fragmentos y repleta de ficciones, sin intención alguna de alcanzar la verdad, donde el personaje es el propio narrador-autor nos posibilitaría dejar un legado, nos dejaría de cierta forma existir cuando ya no estemos. ¿Será esa la razón por la cual somos seres (auto)biógrafos? ¿Tenemos la pretensión de permanecernos vivos a través de nuestras narrativas cuando ya no estemos? Como investigadoras narrativas

que investigan el proceso del envejecer, queremos preguntarle si la escritura (auto)biográfica es un ejercicio útil en esta etapa de la vida.

Gabriel Murillo:

No cabe duda de que toda empresa autobiográfica, representada desde la más modesta de sus expresiones como es la conversación diaria hasta la más elaborada escritura de una autobiografía intelectual, es una manifestación inconfesada de ansia de eternidad. O, dicho sea liberada de prosopopeya, es una que posee vocación de permanencia o duración y es animada por una intencionalidad aleccionadora. Pero me gustaría llamar la atención, en cuanto concierne al caso de las autobiografías intelectuales, o incluso en el caso más modesto de las historias de vida y de los relatos de prácticas o de experiencias escolares (que es precisamente lo que hacemos en nuestro oficio), sobre el aire de familia que estas evocan de los auténticos ejercicios espirituales inspiradores de un modo de hacer filosofía en Antigua Grecia, configurando un modo de pensar la existencia de nosotros mismos basados en ejemplos tomados bien sea de nuestras propias vidas o de las vidas de otros. Debido a su carácter de confrontación consigo mismo, los ejercicios espirituales y, con estos, las prácticas de escritura de sí – en palabras de Pierre Hadot – hacen necesario “obligarse a uno mismo a cambiar de punto de vista, de actitud, de convicción y, por lo tanto, dialogar con uno mismo supone, al mismo tiempo, luchar consigo mismo”. Como resultado del proceso, e independientemente de los temas de que se ocupa, de la audiencia a la que se dirige y del género narrativo específico, se espera un producto cargado con efectos de formación, razón por la cual el autor se esmera en sus formas de expresión con estilo, elevado razonamiento y calidad literaria. De ninguna manera se trata de una vana pretensión narcisista, pues por más intimista o monologal que sea el producto, este presupone siempre implícitamente un diálogo, la virtual presencia de otro dispuesto al consenso o a la réplica o cuanto menos a la escucha.

Respecto a la segunda parte de la pregunta, debo advertir, antes de nada, la importancia de ampliar el abanico de registros narrativos, de modo tal que incluya el relato oral, la lectura de imágenes, la fotografía, los cómics, la

música, todos los cuales incluso puedan estar más alcance de las generaciones precedentes. Son estos los materiales que guían el viaje de redescubrimiento de la memoria del personaje en la novela de Umberto Eco, *La misteriosa llama de la Reina Loana*, así como el resplandor del recuerdo proustiano que brilla al fondo de la taza de té donde remoja la magdalena de sus desayunos de infancia. O son los objetos indiciarios de la presencia del pasado en el precioso cuento infantil *Guillermo Jorge Manuel José*¹. Este chico que vive en la casa contigua del hogar de ancianos, que son sus amigos, escucha decir a sus padres refiriéndose a Ana de 96 años: “pobre viejecita, que ha perdido la memoria”. Así, pregunta a cada uno qué es memoria: su padre dirá que es algo que se recuerda, una de las señoras dirá que es algo tibio, otro que es algo muy antiguo, otro que es algo que hace llorar, otra lo que hace reír, y otro lo que es precioso como el oro. Entonces reúne en una cesta las conchas de mar que guardaba del último paseo, la marioneta risueña, la medalla del abuelo que murió en el frente de batalla, su pelota de fútbol, tan preciosa como el oro, y de paso al hogar, recoge el huevo aún tibio que acaba de poner la gallina en el patio. Al vaciar la cesta, la señora Ana comenzó a recordar los variados episodios de su vida mientras acariciaba cada uno de los presentes que había llevado para ella este niño travieso que tenía cuatro nombres.

Recién he leído la sorprendente novela de Yoko Ogawa, *La policía de la memoria*, cuyo asunto característico de la literatura distópica versa sobre la desaparición progresiva de las cosas en una isla, primero los peces, las rosas, los objetos cotidianos, las extremidades..., donde uno de los protagonistas plantea una digresión para distinguir entre una abolición definitiva y las variaciones del tiempo de recordar:

En el sentido de que nadie arranca de cuajo mis recuerdos. Aunque algunos de ellos parezcan haberse evaporado para siempre, dejan tras de sí una vibrante estela que a veces resuena, o son como minúsculas semillas que esperan agazapadas entre la tierra a que llueva para germinar. Y aquello que

¹ Versión en español de ediciones Ekaré, Barcelona, 2014², del original en inglés *Wilfrid Gordon McDonald Partridge* por Omnibus Books, Australia, 1984.

brote tal vez no sea una imagen nítida y clara, sino un temblor, un dolor, un gozo o una lágrima.

Danise Grangeiro:

¿Qué lugar ocupa la investigación (auto) biográfica en el proceso de formación docente en los cursos de graduación y post-graduación de América Latina, especialmente en Brasil, Colombia y Argentina?

Gabriel Murillo:

Volvamos a la premisa establecida en la respuesta a la primera pregunta, que da cuenta de la convergencia histórica en el período de cambio de siglo expresada en diversas tendencias investigativas desarrolladas en varios países que trazan un giro hacia las narrativas biográficas en educación. Son tendencias aupadas en los efectos políticos de los movimientos de resistencia pedagógica de América Latina en contra de las políticas hegemónicas de carácter economicista impulsadas por el Banco Mundial desde los años 80, aunado a la renovación epistemológica que sitúa en primera plana los conceptos de formación, subjetividad, interacción, conocimiento y poder, e inspiran la adopción de otros enfoques y métodos reveladores de la vida en las aulas y la identidad narrativa de los sujetos educativos. Sin omitir, igualmente, la influencia del movimiento social y educativo europeo en auge de las historias de vida y de la pedagogía crítica americana que rescata la figura cimera de Paulo Freire, todos estos factores inciden durante las últimas tres décadas en la consolidación de un campo biográfico educativo, el cual es definido por Souza, Serrano y Ramos en los siguientes términos:

Los asuntos biográficos, bajo cualquier denominación, son las temáticas de las ciencias sociales en su conjunto o, dicho de otra manera, la aproximación biográfica es un punto de intersección de los campos de conocimiento, a la vez que mantiene disposiciones epistemológicas y teórico-metodológicas que lo constituyen como campo específico y consolidado de investigación [...] lo biográfico se ha convertido en el epítome de las ciencias sociales modernas y del saber educativo en general.

Un antecedente significativo que supone los indicios de una tradición en proceso de constitución, aunque desde luego no traduce aún la existencia de un campo propiamente dicho, es revelado por el hallazgo arqueológico de Maria Conceição Passeggi que remonta a la existencia de los *memoriais* en Brasil hace cerca de un siglo, los que eran prescritos tanto en la carrera profesional docente como en la de salud pública, de manera homóloga a las áreas intervenidas en Portugal. En el horizonte histórico asoma de este modo un componente de formación vinculado a las trayectorias biográficas, que habría de ir tomando forma en variados registros: ya sea en una historia de la pedagogía que aborda las vidas de pedagogos a través de las distintas épocas históricas con el afán de revelar las doctrinas y prácticas dominantes en uso; ya sea conforme a las particularidades de grupos de población, como en el caso específico de la educación de adultos; ya sea mediante el vínculo de las experiencias vitales con los contenidos curriculares, caso en el cual resalta la noción “biografía de aprendizaje”; ya sea en consideración de los medios y mediaciones sobredeterminantes en la sociedad. El lugar de lo biográfico es identificado así como un campo de cruce de diferentes disciplinas que posibilita comprender los sendos procesos de subjetivación y de socialización como un movimiento incesante entre la trayectoria vital de los individuos y los programas educativos agenciados en la sociedad.

El presente relato me impulsa a hacer memoria de cómo mis encuentros sucesivos con dichas teorías y métodos no fue el resultado de ningún plan de estudios institucional sino que, en gran medida, obedecieron a un esfuerzo autodidáctico, o mejor, fueron dictados por la exigencia de responder a las demandas espontáneas en las aulas de maestros en formación y en las redes de maestros investigadores. Primero, en los seminarios permanentes con maestras participantes del proceso de reestructuración de las Escuelas Normales Superiores, seguido del proceso de formación e investigación etnográfica que involucró varias instituciones educativas de cuatro regiones disímiles del país, posteriormente los talleres de escritura en redes de diferentes lugares, son algunos de los más importantes hitos que hicieron posible acceder a una red de intercambio estable con los colegas de los países citados. Asimismo, ellos proporcionaron el capital acumulado, por decirlo así, que sirvió de fuente en la elaboración de un programa curricular

dirigido a los estudiantes de todos los programas académicos de licenciatura en educación, como también de enseñanza de la Filosofía en la Universidad de Antioquia. El programa denominado en principio *Narrativas de experiencia escolar y formación de maestros*, propuso situar el giro biográfico-narrativo desde una perspectiva interdisciplinaria, que diera cabida a la comprensión de la educación como acogida, a la vez que volver a plantear las preguntas liminares del tipo “¿qué es educar?”, haciendo eco de la convicción arendtiana de Fernando Bárcena que afirma:

Porque una subjetividad no está compuesta de una lucha a favor de lo que uno quiere ser, sino también de una lucha por lo que no se es, ya que toda identidad, más que la revelación de una esencia inmutable y siempre única, es un relato, una narrativa. Lo que somos no es el resultado de una ontología, ni de una metafísica, sino de una narración y de una lucha.

Como también daba cabida a una perspectiva fenomenológica-hermenéutica que reivindica un concepto clave en todo accionar educativo como es el de “tacto pedagógico”, que designa una forma de autorreflexión que lleva a la esencia de la transformación movilizadora en la misma relación pedagógica, la que no ha de buscarse en los intersticios del discurso teórico abstracto sino directamente en el mundo en que vivimos. Por esta razón, tanto en cuanto se refiere a los contenidos explícitos del programa, como a los informes de lectura y los trabajos de escritura que el curso auspicia, sean relatos, entrevistas, anécdotas, perfiles biográficos, no perdemos de vista que somos parte de un movimiento de ida y vuelta, inspirado en tres principios básicos: el de reflexividad, dada su atención en “lo que me pasa”; el de subjetividad, porque el lugar de la experiencia es el sujeto; y el de transformación, porque la experiencia forma y transforma al sujeto. A partir de estas bases teórico-metodológicas compendiadas en dicho programa – hoy renombrado *Investigación biográfica narrativa en educación* –, brindamos asesoría no solo en la puesta en obra de programas académicos de grado y posgrado a escala local, sino también en la instalación de la primera cohorte del Doctorado en Educación – Programa Específico en Investigación Narrativa, Biográfica y Autobiográfica en Educación – de Argentina que, como ya quedó dicho, representa un verdadero hito en la investigación socio-educativa de América Latina.

Jailma dos Santos Pedreira Moreira:

¿Qué relación usted visualiza entre la literatura, la creatividad, y el movimiento de (re) escritura de sí? En esa línea, ¿cómo usted observa el trabajo estético, el saber narrativo y dramático perfilando un posible juego de (re) existencia subalterna, el ejercicio de la auto ficción en este terreno resbaloso de las fijaciones/naturalizaciones prescriptas por la historia única impuesta por una perspectiva colonizadora?

Gabriel Murillo:

Entre amigos suelo bromear acerca de mi elección de la carrera magisterial porque así me sería dado el placer de leer, conversar e incluso escribir ensayos, como sucedáneo a mis fracasadas tentativas de hacerme *écrivain*. Aun cuando es cierto que desde niño he sido un ferviente lector de novelas, del mismo modo que pude ejercitar la iniciación en la lectura de los comics de la época y de las *Vidas memorables* en el catecismo dominical de la parroquia. Así también en la adolescencia, y más tarde en la vida universitaria, frecuentaba los círculos de lectura y grupos de estudio, al margen de las obligaciones curriculares, de donde relieve particularmente mi aproximación a las nuevas corrientes marxistas de Occidente que arrojan luces en la crítica de las relaciones entre literatura y sociedad, cuyos autores más representativos se me hicieron familiares, entre otros, Bajtin, Lukács, Gramsci, Benjamin. No me extraña ahora, al volver la mirada atrás, que mis primeras cátedras en colegios y universidades se hubieran ocupado precisamente de dicha materia.

Mi primer seminario en la universidad hace 40 años versó acerca de la génesis y el carácter original de la narrativa testimonial americana, reconociendo en ella una mezcla de géneros con raíces en la crónica periodística, el ensayo sociológico, la etnografía, la historia oral, al tiempo de marcar diferencias respecto a la literatura de testimonio surgida en la Europa de posguerra. Más adelante pude encontrarme con algunos autores señalan esta peculiar hibridación con el denominador común “actos de la memoria”. Al fin y al cabo, lo esencial reside en el hecho de que el testimonio o

acto de memoria allanó el camino para que el testigo retornara a la historiografía (en cuanto historia de la memoria) y se reabriera el debate que acaba por asignar el crédito debido a la historia oral y, con ella, a la voz del testigo en el discurso histórico. La evolución del género testimonial ha acompañado los cambios del discurso literario en general mediante la incorporación de formas textuales como el humor, la parodia o la ironía, el montaje cinematográfico, las canciones populares, los collages, comics, folletines detectivescos, y valida sus señas de identidad como literatura de resistencia.

En el capítulo IV del libro *Conversación en las aulas* esta presencia recurrente del testigo justamente es rastreada en variados géneros narrativos predominantes en el campo cultural de Colombia contemporánea. En las artes visuales destaco las obras de artistas como Beatriz González y Doris Salcedo; en la fotografía y el video, los nombres de Jesús Abad Colorado y Juan Manuel Echavarría; en el cine reconocido internacionalmente de directores menores de 40 años; en la literatura posmacondiana; en el teatro de la memoria: en la diversidad de todas estas producciones artísticas resalta el común denominador de las marcas de un imperativo estético y un imperativo ético de confrontación de la guerra que asola la historia inmediata del país. De hecho, el tono general de estas obras oscila entre la expresión contenida de un sentimiento y la abierta manifestación pública, entre el enmudecimiento y el grito, entre el cuidado del detalle estético y el gesto irónico, a partir de una investigación de campo basada en entrevistas de testigos, la recolección de objetos indiciarios, útiles cotidianos y voces, como señas de identidad de las víctimas. En todas ellas, en fin, parece resonar la célebre frase del compromiso intelectual con su tiempo formulada por Susan Sontag: “Yo no puedo ser inocente cuando he sido testigo”.

Si usamos un lente panorámico se podrá captar un conjunto variopinto de toda una generación de artistas del continente, no circunscrita solo a la escena cultural colombiana, que resiste toda clase de oprobios en el presente que vivimos apelando a la obra que anticipa la comprensión histórica. ¿Cómo no hallar semejanzas a propósito de dichos rasgos y virtudes artísticas en los trabajos críticos realizados en sus propios países por Leonor Arfuch o Nelly Richard o Érika Diettes, por citar solo algunos nombres? Yo

aprecio esta producción cultural como parte integrante de un arte obra en un mundo que responde a la concepción benjaminiana, según la cual, el artista comparte con el historiador el compromiso de narrar la historia de los vencidos para dibujar la imagen de la memoria olvidada o censurada que emerge de los escombros del pasado gracias a un golpe de ruptura, tomando así conciencia del recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro – un gesto que evoca el célebre *Ángelus Novus* de Paul Klee elegido por el filósofo alemán como la imagen representativa del discurso de la historia.

Por otra parte, toda literatura desde la Antigüedad está emparentada o es indisociable de cierta forma de hacer filosofía interesada en las artes de vivir, una de cuyas formas de expresión más palpables son las técnicas de cuidado de sí, relacionadas a su vez con rituales íntimos o de grupo de carácter ejemplar. En términos generales, estas técnicas de sí o tecnologías del yo designan la serie de hábitos, procedimientos, operaciones, ejercicios físicos y mentales que configuran una práctica voluntaria, personal, con fines de transformación, más que de contemplación de sí, tendientes a un buen vivir. Pierre Hadot ha enseñado este rostro originario de la filosofía concebida no como un discurso teórico abstracto, sino como una práctica realizada por medio de ejercicios de formación continua en el horizonte de “educarse a sí mismo”, resuelta en una *paideia* representada en una figura tetraédrica del aprender: aprender a vivir, aprender a dialogar, aprender a morir, aprender a leer. A mi juicio, esta es una fuente primaria a la que se debería poner la suficiente atención en los debates frecuentes sobre la formación de subjetividades que se proponen como objetivos prácticos en los ejercicios de escritura de maestros. Entender la práctica de una escritura de sí que recoja el legado de la filosofía antigua ha de llevarnos a formar más que informar, enseñar a razonar, cultivar un saber no compartimentado y abierto a otras disciplinas, saber movernos entre la política, la estética y la ética. Esto es, volver a aprender a ver el mundo con asombro y percibir las cosas con la extrañeza que promueve la interrogación. Una actitud semejante es común a la tarea del filósofo, del poeta y del pintor, en la que cada uno se esfuerza con sus instrumentos propios en la toma de conciencia de su presencia singular en un mundo compartido con otros que son a la vez tan semejantes como diferentes.

Aurea da Silva Pereira, Danise Grangeiro e Jailma dos S. P. Moreira:

Invitamos para ser entrevistada en este dossier a nuestra gran Maestra Profa. Leonor Arfuch que aceptó la invitación con mucha alegría. Desafortunada y lamentablemente, en el mismo día que la entrevista iba a ser realizada, recibimos con mucho pesar la noticia, de que ella ya no estaba más físicamente en este mundo. Sabemos que usted fue la primera persona a invitarla a dar clases en la Universidad de Antioquia, que ambos intercambiaron muchas experiencias y que tenían una linda amistad. ¿Cuáles son las narrativas de Arfuch que permanecen en usted? ¿Qué nos deja de legado esa gran Maestra?

Gabriel Murillo:

Me abruma esta circunstancia azarosa no tanto por el simple hecho de sentirme ocupando de golpe el lugar de la ausente, sino porque al cierre de esta entrevista no puedo evitar imaginar la pérdida irredimible de un regalo más que hubiese legado quien con tanta sabiduría solía discurrir sobre la entrevista como una invención dialógica. Fue este uno de los tantos libros que me regaló en uno de nuestros encuentros, muy fácilmente adoptado en mi lista de recomendados a todos aquellos interesados en escudriñar ese género peculiar de la voz, la identidad y la diferencia.

Nuestros encuentros fueron bastante escasos en realidad. Antes de vernos las caras, yo había leído en alguna parte una de sus incontables entrevistas en la que se refería elogiosamente a las recién publicadas memorias de Gabriel García Márquez, citando la célebre sentencia: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla”. Pasado algún tiempo, adquirí en mi librería favorita *El espacio biográfico*, el mismo que devoré como un lector rumiante, dejando notas al margen y con apuntes en una libreta de las referencias que contribuían a vislumbrar mi propia ruta de exploración del espacio biográfico colombiano. No tardé mucho en completar su lectura cuidadosa, como tampoco en poder expresarle de cuerpo presente mis impresiones de lectura en el marco del IV CIPA en São Paulo, 2010. Ella misma afirmaba sentirse sorprendida por la

amplia acogida de que fue objeto su libro en el campo de la investigación educativa, ante lo cual yo replicaba que encontraba una razón en el hecho de que supo exponer un cuadro complejo de los medios y mediaciones que concurren en la cultura contemporánea para abordar con soltura los temas relacionados con la identidad narrativa, la memoria, los espacios simbólicos, la “intimidad pública”, esos rasgos característicos de las narrativas subjetivas que explotan las redes sociales contemporáneas. Y de paso, dar cuenta convincentemente de los modos de narrar la vida en los más diversos registros tales como el cine, las artes visuales, el teatro, las telenovelas, el comic, los grafitis. Fueron estos diálogos el prelude suficiente para extender el hilo de la conversación hasta mi ciudad, donde pudo contemplar con perplejidad y humor porteño las hondas contradicciones trazadas como cicatrices en la piel urbana de una ciudad que es a la vez muchas otras ciudades: la ciudad chic con sus elegantes centros comerciales de las clases altas y medias educadas, la ciudad de la *rumba* y del desenfreno tropical, la ciudad del centro urbano sin identidad histórica, la ciudad frenética, ruidosa y violenta de las llamadas comunas que cuelgan de las laderas que rodean el estrecho valle de una urbe cosmopolita siempre a punto de estallar, que es atravesada puntualmente de sur a norte por los vagones del metro más impoluto y ordenado del mundo. Y, por encima de todo, su interés genuino por la comprensión de ese énfasis ineludible en todas las conversaciones a diario de los colombianos como es el de la memoria traumática impresa en la historia del país. Dejo constancia aquí de esta simpatía e interés solidario de Leonor, que se tradujo en la introducción ante el grupo de colegas internacionales reunido en San Juan de Puerto Rico, 2013, en un intento por crear el capítulo América de IABA (International Autobiographical Association), donde presenté mi trabajo *Public memory and public mourning in contemporary Colombia*, y más luego las sucesivas colaboraciones mías con artículos publicados en *a/b: Auto/Biography Studies* y *Biography*. En mi memoria retengo con gratitud la acogida que me brindó la última vez que nos vimos una tarde de verano en su casa espaciosa del viejo Palermo, animados con buen vino, mientras organizaba para mí un curso exprés de lugares de memoria de la dictadura en la mítica y real Buenos Aires. Un abrazo póstumo, Leonor.

